

LA BÚSQUEDA

por
MARIA ELVIRA BERMUDEZ



LE DIJERON que ahí podía encontrarlo. Se lo habían dicho muchas veces, en dondequiera. Y él, poeta obstinado, continuaba la búsqueda.

Siempre era igual. Los pasos que unían la esquina con la puerta del café fortificaban la impaciente expectativa; pero ante la vidriera amplia, un poco brumosa, que marcaba una diferencia provisional entre el transeúnte y el parroquiano, la esperanza trataba inútilmente de erguirse en una sonrisa valedera. Tampoco entonces estaría ahí. Lo esperaba en vano, como tantas otras veces lo había esperado.

Valía más no entrar. Sus dedos afilados y coléricos comprobaban la increíble existencia, dentro de la bolsa del pantalón, de tres pesos avergonzados y maltrechos. Dos tazas de café y la propina. Un día más sin comer. Viéndolo bien, por un almuerzo repulsivo, que apenas calmaría el hambre sin satisfacer el orgullo, no iba a perder la oportunidad. Precisamente porque hasta entonces no lo había encontrado, esa vez sí lo hallaría. Su ausencia no podía persistir tanto. Le habían asegurado que ahí podría verlo.

Y entraba. Procuraba que no lo viera aquella mesera que no conocía al editor. No quería oír, tan pronto, la frase repetida: —No ha venido—. Y recorría las mesas, una a una. Conocía de vista al editor. Por televisión lo había contemplado varias veces, ahí mismo en el café. Tenía grabados en la retina las facciones y los ademanes de aquel hombre importante. Estaba seguro de reconocerlo inmediatamente, al mirarlo. Por desgracia, no estaba ahí. Y antes

que, del naufragio de sus esperanzas pudiera salvarse siquiera el almuerzo futuro, acudía la mesera:

—No ha venido. Pero ya no ha de tardar. ¿Por qué no lo espera?— Identificaba ella su mirada claudicante. Segura ya, preguntaba sonriendo:

—¿Un cafecito?— E iba a traerlo.

La metamorfosis de transeúnte en parroquiano era siempre grata. Ante la mesa, *su mesa*, anclaba como en puerto seguro. Lástima que, con él, anclaran también cálculos mezquinos y dudas pegajosas. Contaba sus cigarros. Eran pocos, como siempre. Fumaría el primero a media taza de café. No antes; porque si no, la segunda no tendría remate adecuado.

El editor, desde luego, tenía una oficina. Pero ante su privado, un insolente cancerbero y una proserpina pedante escamoteaban la entrada. El preguntaba:

—¿Tiene usted cita?

Y ella sugería: —¿Por qué no deja usted su manuscrito?— No. No tenía cita. No dejaba el manuscrito. Para qué. El tenía que hablar con el editor personalmente. Y se iba.

Los versos del poeta obstinado eran hermosos y valientes. Tanto se habían escondido en la bolsa interior izquierda de su saco, que al extenderse sobre el mantel se enrollaban tímidos, como si no quisieran que ni su mismo autor los leyese. Eran valientes, porque sabían dominar su miedo. Una vez extendidos de frente a la luz, comenzaban a hablar de libertad, de paz, de tolerancia. Uno, especialmente, aquel largo que se refería a la bomba H, era estupendo: hacía acopio de las cosas que por buenas se han tenido en el mundo; permitía entrever en el esfuerzo deliberado un fin duradero y noble; estallaba luego, inopinadamente, en un caos repugnante de maldad y horror; y terminaba fijando con crudeza la hipócrita languidez de las cosas buenas y blancas.

Nadie había querido publicar éste, ni los otros poemas. "Usted sabe, la posición de nuestro gobierno. . ." "Debe usted comprender, hay que respetar los sentimientos religiosos del pueblo. . ." "La poesía, bueno, la verdad es que no se vende. . ." Pudo publicarlos, aislados y en fragmentos, en un diario. Pero esa publicación le hubiera otorgado automáticamente un marbete que él no deseaba. Nadie quería comprender lo que las palabras nacionalismo y neutralidad significan. Aquel editor comprendería. Tenía fama de comprender. Por eso él lo buscaba con desolada certeza.

Había delineado su futuro con exactitud tan egoísta, que lo conocía en los detalles más nimios: la comodidad amenazaría trocarse en molicie; pero él la atajaría con muchas y nuevas publicaciones. Lo que la prosperidad perdería, lo ganaría la gloria. Los prejuicios ruines no serían ya un óbice para que sus versos llegaran, precedidos por ostentosos pies de imprenta, a las manos ávidas

que los venerarían. Su literatura alcanzaría magnitud de oráculo. Todos los rostros se volverían al verlo hollar, impávido, las viejas aceras.

Infortunadamente, Mefistófeles sólo existe entre las páginas del Fausto. Si en verdad existiera, si a lo menos, pudiera creer en él, lo buscaría para concertar con él un pacto antiguo. Y sin hacerle trampa, por supuesto. Pero en el lugar del Diablo sólo podría quedar el editor. Y en el de la gloria y la prosperidad, una fama discreta y la liquidación paulatina de todas sus deudas.

Siempre era igual. La búsqueda se retorció y se alargaba en una espiral sin fin. Sólo que esta vez es la última, aunque él no lo sepa. Por eso, todo comienza a ser distinto.

Quizá el ansia tantas veces sofocada obtuvo al fin una salida, y cedió el sitio al dolor y al desconcierto, porque un malestar misterioso, tan viejo como la humanidad, invade al poeta. El diría que, en lugar de parietales firmes, son muelas cariadas las que aprisionan sus ideas. El dolor desaparece a intervalos cada vez más cortos. La luz soberbia porque viene del sol, y maquillada cuando se desprende de los tubos de gas neón, cerca al poeta, sin permitirle que la cambie a su modo. El poeta no puede dar un nombre a esa hora. El tiempo no se ha detenido. Simplemente se complace en regresar a los momentos en que el poeta se ha desconocido a sí mismo, absorto ante la miseria y el anonimato que lo envuelven en prematuro sudario. Ahora no es prematuro. Lo tiene ante sí disfrazado de mantel solícito y, sin embargo, inútil. Espoleado por aquel dolor tiránico, ase el mantel-sábana y éste se crispa sin hacer ruido, sin hacer nada.

En verdad no puede saber el poeta dónde está ni qué le acontece. Sabe tan sólo que busca al editor, y que en esa búsqueda se pierde él mismo. Una luz helada y mortecina le permite adivinar cómo su ser se fragmenta y se disipa por momentos, para formar luego un bloque externo y pesado que tiene que echar sobre sus hombros. El dolor se insinúa de nuevo con un frío súbito que paraliza la circulación de su sangre. Y al abrir los ojos y la boca, en un impulso mudo de pedir auxilio de fuera, el dolor se posesiona de él con frenesí. La silla se agranda, cambia de posición. Y el poeta contempla su persona extendida en una cama de hospital.

Cuando el dolor se disuelve en laxitud interminable, confía en que su afán se habrá realizado, porque comprende ya que es demasiado tarde para continuar la búsqueda. Sus versos alcanzarán de pronto la inmortalidad. Sus acreedores no lo perseguirán más. Tiene en qué fundar esa confianza: en el hecho deslumbrante de que al fin, él ha llegado.

El humo de muchos cigarros dota el ambiente con una niebla opalina; pero el poeta ve, con lucidez cabal, al hombre que se acerca a su mesa y toma asiento. Reconoce en seguida al editor; y con redundante anhelo lo mira fijamente. En la sonrisa de aquel hombre ve el poeta *la serpiente que arrastraba sus anillos como sobre la hierba...* Un hormigueo tibio corre a través de sus ner-

vios. No es posible, no puede ser él. Y mira en torno: la mesera se acerca y saluda al "editor". El poeta reconoce en ella a la secretaria. Es Proserpina, no cabe duda. Sigue paseando la mirada por el café: aquellos ojos húmedos y ansiosos que, detrás de la vidriera brumosa, atisban a las transeúntes, sólo a Asmodeo pueden pertenecer. Y aquellas risas bruscas que parten de la mesa vecina, provienen seguramente del ingenio agudo de Belial y Astaroth. Mira de nuevo el poeta al hombre que tiene delante; y comprueba que éste *en su frente lleva impresa todavía la huella del rayo*.

En los aposentos vacíos y oscuros de su espíritu se enciende una luz repentina, sin sombras y sin reflejos; y unos pasos etéreos y sordos se escuchan. Comprende: no vio a ese personaje por primera vez en la televisión. Lo conoció hace mucho tiempo, en los libros clásicos, en los cuentos absurdos, detrás de las cruces, en las almas timoratas y crédulas, en las interjecciones.

Se asusta, por supuesto. Verlo allí, cara a cara, después de haber creído que sólo era una ficción, lo irrita y lo enerva. Recobra la serenidad cuando piensa que si Tomás Magnus, Mauricio D'Esparvieu, Enoch Soames y tantos otros convivieron con él y a causa de ello perduraron, ningún mal grave puede causarle su trato. Envalentonado, le pregunta:

—¿Quién es usted?

El personaje alza una ceja y esboza un gesto de sorpresa. El poeta se explica:

—Quiero decir, ¿es usted el Calumniador, o El que lleva la luz?

—Veo que conoces la diferencia. Pero, no estoy aquí para discutir mi personalidad.

—¿Para qué, entonces?

—Bueno. Alguna vez pensaste en mí, ¿no es cierto? Dudaste de mi existencia.

—¿Quiere usted demostrarme que existe, a pesar mío?

—¡Oh, no! Simplemente trato de tener contigo una conversación amistosa. Por lo demás, tienes que reconocer que eres tú quien ha venido aquí, y no yo quien ha ido en tu busca.

—¿Cómo? Yo estaba aquí, en el café, esperando... esperando a alguien. Es usted quien ha venido.

—Esperabas, es cierto; pero no en el sitio de costumbre, es decir, en el café. Tu imaginación, amigo mío, te señaló una vez más, quizá la última, el derrotero que le plugo.

—¿He entrado entonces en *el lugar donde se debe abandonar toda esperanza?*

—Estás en el lugar, sí; ahora que, "abandonar toda esperanza"... ¡qué más quisieras!

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir, y digo que este es el lugar donde, constante e inexorablemente, mueren y renacen todas las esperanzas.

El poeta siente que el dolor y el desconcierto lo inundan de nuevo. Es nada más un instante aquel en que regresa a su deleznable condición mundana. Su amigo sigue hablando, y la atención que le presta, lo libera y lo exalta.

—De mi persona —dice aquél— y de lo que se ha dado en llamar mi reino, han circulado por tu mundo innumerables versiones. Esa a que te has referido es muy respetable; pero no está de acuerdo con la realidad. Mejor dicho, con mi actualidad; porque yo, como todo aquello que es creación del hombre, experimento cambios a lo largo del tiempo. El que considero más importante tuvo lugar tres siglos y medio después que el florentino ilustre se ocupó de mí. Fue un inglés, ciego y pobre, quien sin proponérselo quizá, intuyó el lado humano de mi persona.

—Sé a quién alude usted.

—Recordarás entonces su inteligente descripción de aquel lugar que él llamó el Limbo de la Vanidad: "... allí, entre el aire vano que la tierra despide, suben los deseos quiméricos y los sueños engañosos, a la par con los monstruos, raros y feos, que la fantasía crea en los ratos de ocio; también llega ahí todo lo que en la naturaleza se extravía; toda obra insubsistente, todo objeto caprichoso, ridículo o incompleto... Moran en ese lugar los que se alimentaron de los aplausos vanos y pasajeros que dispensa el azar, y allí vuelven a hallar sus necias diversiones y sus invenciones y proyectos locos... Asimismo, en dicho sitio están los que, en su fértil cerebro, cada día un nuevo mundo construyen; y (recuérdalo, amigo mío), apenas llevan a cabo las primeras líneas de su obra, cuando a un soplo del viento es destruido el frágil edificio, y convertido en polvo que recobra la atmósfera; pero ellos, obstinados y orgullosos, pronto levantan otros planos sobre las mismas ruinas. También mora allí aquel otro que sin cesar vela cerca de un crisol, creyendo hallar el secreto de volver el plomo en oro; pero, mientras su esperanza se acrecienta, ve que, convertido en humo, desaparece el pérfido metal..."

—Sí —le interrumpe el poeta— y también están ahí "los que, al menos, aspiran a la gloria de eternizar sus nombres; pero ven tan sólo que, grabados en la arena, al momento están borrados, y los vientos llevan su memoria..."

—¿Comprendes ahora?

—Comprendo lo que usted quiere decir; pero creo que, por lo que a mí atañe, es injusto. Yo no perseguí la gloria y el dinero por sí mismos; aspiré nada más a vivir sin apremios; anhelé únicamente que mis obras fueran conocidas, tomadas en cuenta por los demás. Quise, ante todo, servir a la causa de la inteligencia, de la paz, de la libertad.

—Quisiste y quieres. No hables en pasado. Es posible aún que tu mundo te espere.

—Persistiré entonces en mi afán. Diré la verdad, mi verdad, por pesimista e incómoda que a muchos parezca. Aunque usted, o quien sea, me condene y trate de aniquilarme.

—No te exaltes. No seré yo quien habrá de impedirte que prosigas la búsqueda. Porque has de saber que lo que tú haces con tu poesía, es buscar la verdad. Crees que la tienes, que por ahí la dejaste, en un lugar accesible y conocido por ti, y por eso la buscas sin descanso. Tu obstinación y tu orgullo se empeñarán siempre en construir nuevos ensueños sobre las ruinas de tus viejas esperanzas. Por ello te comprendo y te admiro.

—¿Usted? ¿Usted me admira?

—¿No te has dado cuenta todavía de que ese tormento que tú te has impuesto libremente es el mismo al que yo me condené desde el principio del tiempo?

El poeta obstinado tarda en contestar. Luego, con un ademán afectuoso, declara:

—Usted es El que lleva la luz.

—Tú lo has dicho. El que lleva la luz a los sitios inundados ya por otras luces tenaces e insufribles. El mismo que insiste en implantar su luz en medio de múltiples iluminaciones cobardes y acomodaticias. El mismo que jamás podrá hundirse en la oscuridad total, donde no tiene cabida la esperanza, porque consigo lleva la luz de todas las libertades.

En el café no quedan más parroquianos que el poeta y su interlocutor. Una penumbra color de humo permite vislumbrar apenas el contorno de las cosas. Los sonidos llegan apagados y quietos a la mente del poeta. Su amigo le dice:

—Los grandes hombres que han escrito sobre mí lo han hecho con virulencia, con encono, aunque se vieran obligados a reconocer que yo no era su enemigo. Otro inglés, altivo él y batallador, que vivió un siglo y medio después que aquél que perdió el paraíso. . .

El poeta obstinado no le permite continuar. Dice:

—Sí, lo conozco. Recuerdo las últimas palabras que le dije a usted en una ocasión: "Tú no tienes ningún poder sobre mí, de sobra lo sé; jamás me poseerás; llevo dentro de mí un suplicio al cual nada tienes que añadir. . . (¿Qué más? . . . ¿Qué más dijo? Algo así como:) Tú no me has tentado, tú no podías tentarme; ni he sido tu hechura ni seré jamás tu presa; he sido y seré mi propio verdugo. . ."

Un gesto de aquiescencia es lo último que de su amigo ve el poeta. Se hunde en una somnolencia grata, en un débil renacer hacia la tersura de las sábanas, hacia la tibieza de un aire juvenil, hacia los ruidos familiares de su memoria.

Despierta completamente cuando escucha una voz que le anuncia: "Lo han dado de alta. Hoy mismo puede usted irse." Es el mismo rostro de Proserpina el que, bajo una toca de enfermera, lo anima.

Minutos después, camina el poeta por las viejas aceras de su contradictoria ciudad. Llega a la esquina del café. Presiente una vidriera brumosa, un aire enrarecido por el humo y una batahola de frases huecas. En sus labios se yergue una sonrisa valedera. Da media vuelta y se dirige a su guarida, a escribir, aunque sea lo último que haga en la vida. A escribir un poema en el que para siempre quede prendida la luz de todas las libertades.